

descartando de él lo que han adquirido á consecuencia del trato con los pueblos civilizados, creemos habernos formado un alto concepto de sus dotes inventivas (véase el grabado de la pág. 29), pero ¿qué garantía tenemos para creer que un invento tiene existencia independiente? Es indudable que antes de las relaciones con los europeos, existieran otras relaciones entre los pueblos, que alcanzaron á las capas más profundas; á éstas llegaron, pues, algunas migas de las mesas abundantemente provistas de las antiguas civilizaciones de Egipto, Mesopotamia, India, India Posterior, China y Japón, habiéndose conservado en forma mezzuina y quizás muy distinta del uso primitivo. Con frecuencia se ofrecen casos de estos préstamos á la consideración del etnógrafo que no carece de conocimiento práctico de ese patrimonio de utensilios, armas, etc., y sobre todo de ideas de los pueblos naturales. Cada pueblo nos presenta algunos y el estudio de su esencia y de su importancia no es cosa nueva. Recordemos, ante todo, una observación original de Livingstone que, aunque hecha con otro objeto, puede servir para nuestro propósito: «La existencia de muchos instrumentos que son comunes entre los africanos y entre otros pueblos en parte civilizados, demuestra la comunicación de una enseñanza que, en todo tiempo, procede de un ser que se encuentra por encima del mismo hombre.» Sáquese de esta observación la consecuencia que se quiera, el fondo de la misma está en abierta oposición con la creencia, por otra parte muy extendida, de que todo cuanto los pueblos naturales pueden ofrecer como cosa propia, nació en el sitio en que hoy se encuentra y fué por dichos pueblos inventado. Con esto se quiere conceder á esos niños-hombres, en apariencia de tan baja condición, aptitudes que, meditando tranquilamente, apenas corresponden á su estado general. Si, por ejemplo, todos los pueblos del África, desde los marroquíes hasta los más inferiores hotentotes, producen el hierro y lo trabajan por un mismo sistema, es más natural suponer que este arte lo adquirieron todos de un origen común, que afirmar que fué descubierto por ellos en distintos puntos y con entera independencia. Si los norteamericanos, que casi pertenecen exclusivamente al tipo de los pueblos cazadores, hacen plantar por sus mujeres el maíz y el tabaco, las condiciones botánicas nos permiten afirmar, por lo menos, la posibilidad de que esto tenga un origen mejicano ó esencialmente meridional. Decíase, con aire de triunfo, que el pavo era un animal domesticado por los pueblos naturales, pero vino Spencer Baird y demostró que se hallaba en Méjico el jefe de la familia de estos gruñidores soberanos de los gallineros. En los utensilios, es más difícil, naturalmente, demostrar estas imitaciones de cultura, puesto que no llevan en sí los testimonios de origen que, más ó menos adulterados, encontramos en los animales y en las plantas. Mas es preciso estar muy precavido para no incurrir, en este punto, en equivocaciones análogas á las que padecen los filólogos que, sin más ni más, atribuyen á los pueblos naturales los idiomas más inferiores. El bosquimán que habla una lengua probablemente hamítica ¿por qué no ha de haber copiado á los hamitas en la confección de su arco, cuya sencillez raya en lo infantil? Y el indio que recibió de Méjico el maíz ¿no pudo haber aprendido, también, de los mejicanos el arte de perforar las piedras? Esta derivación y su consecuencia, es decir la ulterior transplantación, nos parece más natural que la invención independiente, en doce distintos lugares, de un mismo utensilio ó de una habilidad misma. Recientemente se ha hecho notar que los habitantes de la isla Salomón tienen arcos y flechas, cosas desconocidas para los de Nueva Bretaña y otros, y en seguida se ha querido atri-

buir á aquéllos el invento de tales armas. Como antes hemos hecho observar, se ha procedido en esto con gran inconsecuencia, pues por un lado se pone á los pueblos naturales al nivel de los animales y por otro se les atribuyen inventos que, por lo menos, no pertenecen á la categoría de los más fáciles. Siempre nos encontramos con que se conceptúa el invento como cosa sobrado fácil, porque sólo se consideran las pocas dificultades que el mismo tiene para un hombre de talento, y porque hombres de estos los hay también entre los pueblos naturales. Pero ¡cuán distinto es lo que ocurre con la conservación de lo inventado! He aquí lo que constituye el gran abismo. La dificultad de la conservación aumenta á medida que decrece el grado de cultura, pues esto supone siempre cierta disgregación en la solución de continuidad de las generaciones. En algunos casos, partiendo de los productos, al parecer muy especiales, de los pueblos naturales, se llega hasta un origen mucho más elevado. Bastián ha reunido un gran número de estas imitaciones esquemáticas de ciertas secciones del tesoro de la civilización de los europeos. A este número pertenece la maza, que tanta importancia tiene en Fidschi y que no pasa de ser una imitación de los fusiles del pasado siglo: los salvajes de aquel país, no pudiendo poseer de otra manera la temible arma, quisieron, por lo menos, tenerla de madera y fabricaron una maza que, como tal, les es de muy poca utilidad. También pertenece al mismo la costumbre de los papúas de Nueva Guinea de lanzar, contra los buques europeos, con cerbatanas, nubes de arena y de ceniza, para imitar el humo de la pólvora. En las Nuevas Hébridas se ha hecho muy común un tocado para la cabeza, que es simplemente una exageración colosal del casco de un almirante que, por pertenecer al más principal de todos los visitantes extranjeros, hubo de llamar la atención más que los otros. Algo más apropiada á su objeto es la notable ballesta de los fanes: los descubridores españoles y portugueses usaban mucho esta arma y la llevaron al interior, en donde aquellos habitaban, y estos salvajes la conservaron, ó por mejor decir conservaron su forma, mientras que en la costa extendíase ya, como en Europa, el arcabuz. Ahora, después de cuatro siglos, ha vuelto á usarse la ballesta, pero apropiada á un objeto diferente del que antes tenía; pues para componer una llave de las que se necesitan para aflojar un tornillo fáltanle al fan paciencia é instrumentos, y por esto rajaron la culata y lanzaron con la ballesta flechas envenenadas, que también podían ser lanzadas por medio de un ligero arco (véase el grabado de la pág. 32 de esta Introducción.)

Si las manifestaciones de la vida intelectual de los pueblos inferiores no fuesen tan difíciles de percibir, podrían aprenderse en ellas muchas cosas. Algunas huellas de instituciones indias quedaron impresas en la religión de los malayos y han llegado quizás hasta los melanesios y polinesios. Existen unas semejanzas tan sorprendentes, especialmente en punto á leyendas cosmogónicas, entre los bosquimanos, por ejemplo, y los australianos (véase pág. 20) ó entre los polinesios y los norteamericanos, que sólo nos es dado explicarlas por medio de la tradición. Iguales analogías encontramos, también, en materias políticas: en las instituciones que describen Lacerda y Livingstone del reino de Kasembe y Pogge y Buchner del de Muata Jamvo, fácilmente se notan semejanzas con las de la India y las del antiguo Egipto. Grandes son, asimismo, los puntos comunes que ofrecen las ideas é instituciones sociales y políticas. Cuanto más se ahonda en estos asuntos, más nos convencemos de la exactitud de una manifestación hecha por Bastiat en una época en que la teoría de la separación completa de los pueblos

era considerada como un evangelio y en que se desechaba la idea de la unidad humana. Dice ese autor, en su viaje á San Salvador: «Las mismas corrientes marinas parecen haber arrojado hasta las islas que pueblan el Océano Pacífico y aun hasta las playas del continente americano los gérmenes de conquistas abstractas.» Y á esto nos permitimos añadir la conclusión de que no comprende bien lo que son los pueblos naturales, quien no aprecie debidamente el trato, muchas veces oculto á primera vista, y la cohesión que tuvieron entre sí y con los pueblos civilizados. El trato que entre ellos existió fué mucho mayor de lo que superficialmente parece, gracias á lo cual pudieron llegar varios productos de origen europeo, especialmente las perlas, á los territorios occidentales del Alto Nilo, antes de que este río fuese abierto al tráfico. Creyóse en un principio que el camino entonces seguido era el que de las costas de Suaheli se dirigía hacia el interior, ó el que, partiendo de los países gallas, recorría el Berri; pero en realidad, aquellos géneros procedían de Dar Fur y atravesaban el Hofrat el Nahas. Heuglin supo en 1863, en el país del Bongo, que mucho antes que los comerciantes de Chartum, habían pasado por allí en dirección á Nyam-Nyam numerosas caravanas de traficantes de esclavos, que establecieron estaciones entre el país del Cobre y Dar Dika, y cambiaban esclavos y marfil por tejidos de lana azules, perlas de cristal, sal, óxido sódico y cobre. Ya en 1854, refirióle un anciano negro de Djelaben, que había llegado á 30 ó 40 jornadas al Sur de Kordofán, hasta una ciudad mercantil llamada Telgauna (en djelabe Telgaun). Por este camino pudieron también recibir los bari sus adornos de cristal al través del Nyam-Nyam. Siempre que nos encontremos con algunas analogías entre pueblos distintos, podemos afirmar que ha existido comunicación exterior y á menudo quizás un tráfico muy directo entre ellos. Consideramos, pues, justificada la pregunta de si los botokudes tomaron la costumbre de usar clavos en los labios de los esclavos negros procedentes del África sudcuatorial, en donde los usan, por ejemplo, los manganjas; siendo también cuestión que no puede en absoluto resolverse la de si algunos esclavos fugitivos llevaron, por esta razón misma, á la América del Sur algunos elementos de la civilización africana. Los japoneses hace siglos que no sostienen apenas relaciones con los pueblos del Norte del Océano Pacífico, y sin embargo las corazas de los tschuktches, tan parecidas á las japonesas, demuestran que entre ambos pueblos ha de haber existido un tráfico. Algunos objetos esculpidos en colmillo de hipopótamo que se han encontrado en Hawai son más de carácter chino ó japonés que polinesio.

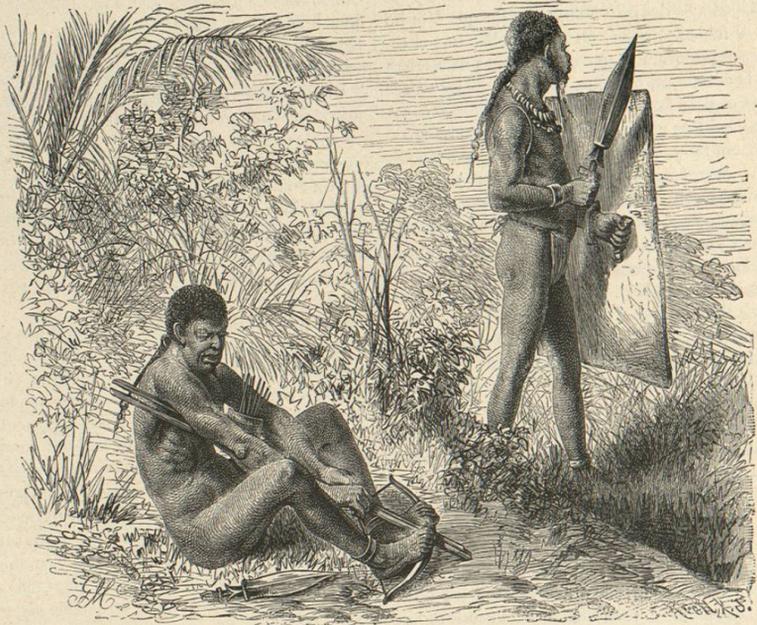
Sólo en segundo término puede admitirse la hipótesis del nacimiento espontáneo de productos iguales en sitios distintos, pues aun cuando es cierto que como dice un moderno etnógrafo «un pensamiento ajustado á la naturaleza nos permitirá reconocer que, de la misma manera que vemos cómo todos los pueblos naturales duermen, comen y beben y cómo todos ellos se valen de los pies para andar y de los oídos para oír, una misma necesidad imprescindible de su vida espiritual ha dado origen á las mismas formas fundamentales de desenvolvimiento primitivo.» A pesar de esto, la experiencia en materias etnográficas nos demuestra, en contraposición á este postulado de una idea *à priori*, la gran importancia de la difusión de las conquistas de la cultura realizada de lugar á lugar y de pueblo á pueblo. A donde quiera que dirijamos nuestras miradas, encontramos, aun hoy en día, esta actividad en acción. Rarísimos son los ejemplos de creaciones nuevas entre los pueblos naturales y en cambio vemos generalizada la adopción de todo lo ex-

tranjero, hasta el punto de que allí donde llegan los productos de Europa y de América, desaparecen las antiguas industrias indígenas. A esta ley no logran sustraerse ni aun las islas más remotas y menos en contacto con los países civilizados. Cuando, en 1790, Hamilton visitó Car Nikobar, las mujeres de este territorio llevaban una especie de chupa corta formada con hojas de musgo y de juncó entrelazadas y colgantes: ahora estas mismas mujeres usan telas con las cuales cubren sus cuerpos, de suerte que todo el progreso realizado en cien años consiste en sustituir la chupa de musgo por tejidos, cuya aparición mató la industria indígena que no ha sido desde entonces sustituida. En el bajo Congo no se encuentran ya los productos de corteza ni los finos tejidos que tanto alabaron López y otros viajeros del siglo décimo sexto. ¿Qué se ha hecho del arte de tallar piedras preciosas y ágatas que tantas maravillas producía en el antiguo Méjico? ¿Qué del arte de la orfebrería y los tejidos de los antiguos peruanos? Los pueblos tenían ya remotamente cierta conexión entre sí, y en lo que alcanza nuestra ciencia histórica no ha habido sobre la tierra un solo grupo de hombres falto de relaciones. En todas partes se encuentran coincidencias, semejanzas, afinidades que forman una espesa red sobre el globo terrestre y aun á los mismos habitantes de las más apartadas islas no podemos imaginarnos más que en relaciones con sus vecinos próximos y lejanos.

Para apreciar debidamente la importancia de los estímulos exteriores, no hay nada tan instructivo como el estudio de los pueblos más pobres en el concepto etnográfico, de los cuales puede decirse que fueron también los que menos trato tuvieron. ¿Por qué los pueblos más apartados de los extremos de los continentes ó de las islas de más difícil acceso, son los más pobres? La pobreza etnográfica sólo en parte es consecuencia de la miseria, de la pobreza general que sobre un pueblo pesa; y así se ha reconocido respecto de algunos pueblos, por ejemplo los australianos, que en su continente árido y pobre en plantas y en animales útiles, llevan, por regla general, una de las vidas más miserables y limitadas que pueden estudiarse en pueblo alguno de la tierra; que notoriamente se encuentran en un grado de cultura muy bajo, aun en las comarcas más favorecidas del trópico Norte y que no sienten casi en absoluto aquella inclinación tan desarrollada entre sus vecinos los papuanes, á embellecer artísticamente la existencia, embellecimiento que constituye el lujo de los pueblos naturales. No hay, aun en este caso, que esforzarse mucho por descubrir las causas de esa pobreza etnográfica, pues á poco que miremos las condiciones y el modo de vida de estos pueblos, comprenderemos la fuerza de su lucha por conservar su desnudez y los efectos empobrecedores de su aislamiento de las grandes corrientes del tráfico. El cuidado de proporcionarse lo necesario para el día ahoga los impulsos intelectuales, faltando el reposo confortable y tranquilo que hace nacer el deseo de embellecer más la existencia y con él la noción de lo bello que hermosea la vida con preciosos y fantásticos arabescos. La excéntrica situación de Australia, del extremo de la América del Sud, del interior del África meridional y de la Polinesia oriental, ejerce en todos los pueblos indígenas de estos territorios la misma influencia empobrecedora, en la cual, además de la poderosa presión ejercida por la carencia de recursos, encontramos una especie de contagio de aquella pobreza que origina la gran escasez de impulsos intelectuales ó de pura fantasía. Respecto de esto último, es preciso, sin embargo, proceder con gran circunspección, pues en ninguna cuestión se está tan expuesto como en ésta á caer en el lazo de consecuencias precipitadas. Por

esto opinamos que el prudente Schmeltz, en su precioso catálogo de la sección etnográfica-antropológica del Museo Godeffroi, dice demasiado cuando, al comparar la riqueza de formas, la perfección de los artefactos humanos y la exuberancia de adornos de los mismos en Melanesia, con la pobreza relativa de la Polinesia y de la Australia, señala como causa de esta diferencia la gran exuberancia de la naturaleza en las islas Melanesias que hubo de influir poderosamente en sus habitantes. Frente á frente de este sabio especialista sólo nos atrevemos á formular una hipótesis, pero no deja de ser extraño que esta pobreza, que aumenta

en dirección á Oriente ó á la apartada Polinesia, se note también en el reino animal y en el vegetal y que no sea un fenómeno repentino, sino que se manifieste de un modo graduado y por decirlo así preparatorio. Desde el momento en que el empobrecimiento zoológico y botánico que hacia el Oriente se nota es indudablemente una consecuencia de la dificultad cada vez mayor que encuentra su difusión geográfica, se tiene en cierto modo el derecho de preguntar por lo menos si no podría haber sucedido algo semejante con la especie humana. Sabido es que los utensilios y las armas de los pueblos civilizados se han extendido y siguen



Guerreros fanes, Africa occidental (según Du Chaillu).

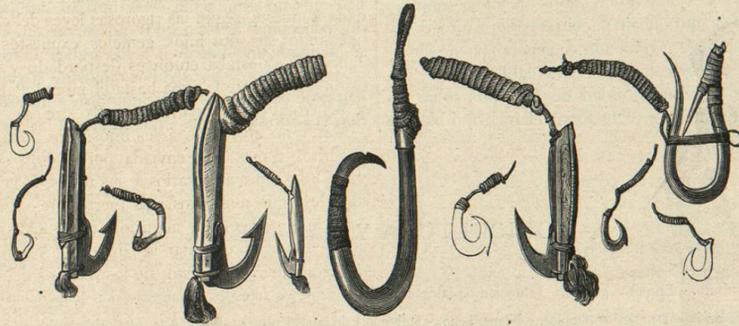
extendiéndose gradualmente en distintos pueblos que antes no tenían la menor idea de tales objetos. Cuando Stanley, en su maravilloso viaje al Congo, recorrió aquel oscuro continente, dejó sus últimos fusiles en manos de los indígenas del Este, es decir de los famosos villorrios de Nyangwe, y volvió á encontrarlos al Oeste, en Rubunga, á 6° al Norte de Nyangwe, transformados del mismo modo que aquellos cuatro mosquetes portugueses que tendrán siempre un carácter histórico, porque en los momentos críticos de aquel gran viaje indicaban á los expedicionarios «que no habíamos equivocado el camino, que el gran río llegaba efectivamente al mar y que su jefe no se había engañado al decirles que antes de un día verían el mar.» Nyangwe y Rubunga eran los límites de una superficie de 10 ó 12,000 millas cuadradas, en donde ocho años atrás eran desconocidos los fusiles que hacía cuatro siglos conocían ya los pueblos de las costas de Africa. Y téngase en cuenta que esto ocurría á pesar de la prodigiosa actividad, de la insaciable codicia y de la pasión por el comercio de los mercaderes árabes y europeos. Ciertamente que otras cosas se habían extendido más rápidamente, como por ejemplo los productos americanos, tabaco, maíz y casabe, conocidos en aquellos territorios desde el siglo décimosexto; pero también éstos hubieron de pasar

por algunas etapas, hasta el punto de que los damaras sólo conocen el tabaco de algunas décadas á esta parte.

Al trato entre los pueblos atribuimos nosotros el hecho de que las causas que motivan los productos etnográficos sean tan uniformes aun en las comarcas ricas y de que los mismos archipiélagos de Melanesia y de Polinesia ofrezcan, en punto á la difusión de armas y utensilios, el aspecto de un prado, en donde prosperan los mismos elementos fundamentales de la vegetación, pero en unos puntos más claros, en otros más espesos, ora altos, ora bajos y sólo ostentando aquí y allí verdaderas plantas que, creciendo únicamente en unos puntos y no en otros, animan notablemente la perspectiva. En estas materias sucede lo mismo que con frecuencia vemos en terrenos estériles, en los cuales en medio del musgo uniforme de una estepa, se ve surgir de pronto una planta exuberante que sobresale por encima de todas las demás. El espíritu de los pueblos que tan estancado aparece cuando se trata de la averiguación de lo que á ellos ha llegado, recibe de repente un impulso que le mueve á desenvolverse libremente en un sentido cualquiera, siendo altamente importante el estudio de estos desenvolvimientos aislados. ¡Cuánta variedad de formas nos ofrecen los anzuelos de pescar polinesios que existen en nuestros museos et-

nográficos! Entre los muchos fenómenos llenos de atractivos que nos ofrece la etnografía de la Polinesia, es en extremo interesante el estudio de un pequeño grupo de población que, en constante progreso dentro de una tendencia determinada, ha sabido apropiarse y perfeccionar de una manera

notable, en punto á construcción de armas, uno de los estilos que más aplicación y actividad exigen. Consiste en la fabricación de armas con dientes de requín llevado á tal grado de extensión, perfección y variedad, que podría creerse que el pueblo que lo practica es numeroso y fuerte y vive en cons-

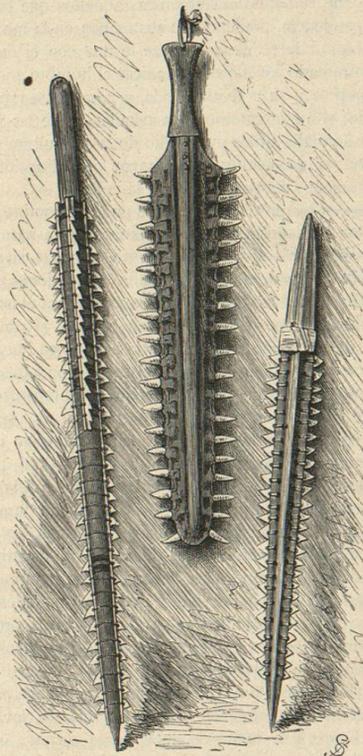


Anzuelos usados por los polinesios, y hechos con conchas de mariscos y huesos (Museo etnográfico de Viena)

tante lucha. Y sin embargo, lejos de esto, las islas de Gilbert y de Kingsmill sólo tienen en conjunto una superficie de 7'8 millas cuadradas y su población no escende de 35.000 habitantes; á pesar de lo cual estas armas escuden en crueldad á las de todos los demás pueblos de Polinesia y conforme á ellas tienen los armamentos tal grado de perfección, que sólo los encontramos iguales entre los japoneses, en las fronteras de este territorio. Cada grupo de islas tiene, en medio de esta uniformidad en lo fundamental, sus particularidades más ó menos perfeccionadas, cuando no otra la que ofrece la pequeña figura humana, que fácilmente puede pasar inadvertida, de las esculturas tonganesas. Entre los pueblos continentales estos fenómenos ocurren naturalmente con menos frecuencia, pero también en ellos tiene cada círculo de cultura, por pequeño que sea, sus pequeñas especialidades que se implantan con cierta consecuencia en los más distintos territorios. De la misma manera que entre los africanos occidentales puede señalarse como rasgo característico de esta índole la afición á la reproducción de lo feo (véase el grabado de la pág. 36 de la Introducción), lo es entre los mombuttúes el uso de las hojas de banano en vez del cuero, de las pieles y de las telas. En este artículo presentan los mombuttúes innumerables variaciones. Este pueblo ofrece, al propio tiempo, un interesante ejemplo de gran desarrollo industrial, así reconocido por todos sus vecinos, hasta tal punto que su fama se extiende por el Africa. Antes de que Schweinfurth lo descubriera propiamente, habían llegado hasta Europa rumores que, además de su color moreno, ensalzaban el alto grado de su civilización, y aquel viajero refiere que cuando hubo llegado al territorio del río de las Gacelas supo, por sus conversaciones con los tratantes en marfil, que los mombuttúes eran considerados como un pueblo adelantado y de carácter muy especial. En todas partes se oían las mayores alabanzas del país, siendo especialmente celebrada la habilidad de la población en la construcción de armas de guerra y de otros utensilios de uso pacífico, que se comparaba con la de los pueblos de Occidente. Hacíanse de ellos laudatorias descripciones, pero á pesar de esto, la industria de los mombuttúes no dejaba de ser industria de negros y tenía á menudo las mismas aplicaciones que entre los negros del Nilo y entre los cafres.

Una de las tareas más difíciles es fijar una gradación en la altura de perfección de cualquier rama de la actividad humana, y estas tareas son, al propio tiempo, las que más

responsabilidad consigo traen cuando se quiere deducir de tal gradación una consecuencia genealógica. Así, por ejemplo, notamos una diferencia en el desenvolvimiento de la construcción naval de los fidschianos y la de los tongane-



Armas con dientes de tiburón, usadas por los indígenas de las islas de Gilbert. (Museo etnográfico de Munich) del tamaño natural

ses, en el sentido de que estos últimos, oriundos de la raza polinesia, son en este punto muy superiores á aquéllos que pertenecen á la melanesia. La diferencia no es grande, pero

sí notable, porque contribuye á robustecer nuestra opinión de que los melanesios, de mucho tiempo sedentarios, debieron el gran desenvolvimiento de su construcción naval y de su navegación á los melanesios, que inmigraron mucho después, y no éstos á aquéllos. Pero ya se comprenderá que en estos casos es muy difícil emitir un juicio seguro, y lo es tanto más cuanto que un pueblo superior á otro, desde el punto de vista de la civilización en general, puede ser inferior á éste en ciertos conocimientos y habilidades. A primera vista se nota la superioridad de los djurs sobre los nubios en lo referente al arte de forjar el hierro, ó bien la

de los musgus sobre sus señores sudaneses en punto á agricultura, ó el alto grado de perfección que distintos instrumentos musicales (véase el grabado de la pág. 37 de esta Introducción) han alcanzado entre los negros, constituyendo una verdadera anomalía; mas ¿por ventura los negros no han causado admiración á los mismos europeos bajo estos dos conceptos? Si los hechos no fueran tan evidentes, casi se inclinaria uno á atribuir á los árabes, bormuanos, etcétera, tan superiores en algunos ramos de la cultura, la enseñanza de esos negros hasta infundirles una verdadera superioridad en estos ramos de la industria.

AGRICULTURA Y GANADERÍA

Origen de la agricultura. — Primeros grados. — Imitación de la naturaleza. — Cría de los animales. — Domesticación de los animales. — Influencia de la ganadería en la suerte de los pueblos. — Nomadismo. — Influencia de la agricultura. — Estado de inferioridad relativa de la agricultura entre la mayoría de los pueblos naturales. — Africanos y australianos.

Entre todos los impulsos de que la naturaleza ha dotado al hombre, los más provechosos hubieron de ser dada la dependencia necesaria y profunda en que éste se encuentra respecto de la naturaleza orgánica, aquellos que suavizan esta dependencia, poniendo en sus manos, en la medida de lo posible, el lazo inevitable que le une con el resto del mundo animado. A ello debe dedicar el hombre todos sus pensamientos y su actividad toda, y para conseguir dicho resultado, el mejor camino es la asimilación de las plantas y de los animales útiles por medio de la agricultura y de la ganadería, que constituyen la mayor consolidación y el mayor aumento del patrimonio de la cultura.

Ni aun en los primitivos tiempos pudo el hombre, reducido á los llamados dones espontáneos de la naturaleza, obtener sin trabajo alguno su alimento, su choza, su subsistencia. La naturaleza, que en tales condiciones puede ofrecer de sus tesoros todo aquello que necesita el hombre, raras veces le pone los alimentos en la boca, ni construye siempre de un modo conveniente la cabaña en que ha de guarecerse. Sus dones no son del todo espontáneos. El australiano que se vale, para proporcionarse alimento, simplemente de un palo puntiagudo ó en forma de espátula, con el cual desentierra las raíces, y cuyo primitivo instrumento no ha alcanzado el grado de perfección á que ha llegado entre los bosquimanos gracias al empleo del tunsteno; que con su hacha practica en un árbol hendiduras que le facilitan su acceso; y que construye sus armas, sus arpones, sus redes, sus anzuelos, sus trampas para los animales pequeños y sus buitrones para la caza mayor, siempre tiene que poner algo de su parte, y este algo no es simplemente corporal, pues es innegable que, en muchos casos, procede con gran inteligencia y con paciencia suma para conseguir el objeto que se propone y principalmente los medios de alimentación. Höber refiere, por ejemplo, que el australiano para encontrar las colmenas, coge una abeja, la clava una plumita blanca y la suelta de nuevo, para de esta suerte, como los tramperos norteamericanos, poder seguir la *beeline* (línea de abeja) casi siempre recta que traza el insecto al regresar á su nido. Su sistema de pescar con lanzas de dos y hasta de cuatro puntas con las cuales se pasan horas en la playa, la manera que de cazar tortugas tienen los indios del Cabo York por medio de una rémora y otros ejemplos que pudieran citarse, indican cierto desarrollo de aquellas

facultades por medio de las cuales el hombre explota hasta donde alcanza, los dones espontáneos de la naturaleza. Esta explotación se realiza, sin embargo, conforme á ciertas reglas y leyes. Los australianos y demás pueblos cazadores observan reglas cinegéticas. Un reciente observador ha hecho notar que los esquimales no son un pueblo nómada en el verdadero sentido de la palabra, puesto que en virtud de reglas que se han transmitido de generación en generación, deben permanecer dentro de un espacio determinado, cuyos límites no les es dado traspasar sin consentimiento de sus vecinos: lo que hacen es variar de residencia, por razones de caza, según las distintas estaciones del año y según la mayor ó menor abundancia de animales del país que con este cambio de estaciones se relaciona.

Sin embargo, el capital que en todos estos trabajos y aparatos se aplica es muy poco productivo, pues unos y otros solo tienen aplicación de momento y de ellos no resulta ninguna conquista permanente de la civilización, ningún germen de cultura, nada de aquello que asegura al hombre un firme apoyo en la naturaleza. De esta situación insegura y dependiente, pero cómoda por causa de esta misma dependencia, pasó el hombre á un grado superior, protegiendo á la naturaleza en aquello que le era á él útil, para hacerla producir en mayor cantidad y con más perseverancia, sin que esto quiera decir que llegara hasta el punto de asimilarse ciertos productos naturales, limitándose simplemente á transplantarlos, multiplicarlos y conservarlos dentro de la medida de sus necesidades ó de su comodidad. La naturaleza vino en su auxilio en determinados casos. Algunas consideraciones aisladas demuestran cuán distintamente han sido dotados los países de aquellos productos que pueden ser útiles á la agricultura. Pero estas diferencias sólo pueden ser tenidas en consideración de una manera secundaria. Bajo este punto de vista, no es la mejor aquella naturaleza tropical que hace exclamar á Cook, lleno de admiración: «El hombre que en nuestros rudos climas laborea, ara y cosecha durante todo el año para alimentarse á sí y á sus hijos y para ahorrar á fuerza de sacrificios algún capital, no ha llenado tan bien los deberes que para con su familia tiene como el isleño del mar Pacífico que no ha hecho otra cosa que plantar diez árboles de pan.» La perfección no consiste en la fácil adquisición de los alimentos, sino en el fomento de ciertas inclinaciones y costumbres y

aun de ciertas necesidades del hombre, y para ello mucho mejor que la abundancia excesiva es cierta necesidad que no llegue á ser realmente opresora, pudiendo considerarse como especialmente favorables á aquél fin los países en donde las estaciones del año presentan contrastes muy marcados y en los cuales la naturaleza se muestra, en ciertos períodos, excesivamente fértil y aparece en otros muerta y petrificada á consecuencia de la sequedad ó del frío excesivos. Y en esos países, las estepas son las que mejores condiciones para ello ofrecen. Sólo la necesidad impulsa al hombre á entrar en relaciones con las estepas, pues éstas raras veces le brindan con la posibilidad de alimentarse fácilmente en ellas. De aquí que esta posibilidad no sea en manera alguna explotada por aquellos pueblos naturales que ó evitan las estepas, como en la América del Norte, mientras carecen de caballos que les permitan recorrerlas rápidamente; ó sólo las habitan por fuerza cuando, arrojados de otras mejores residencias, buscan allí donde nadie ha de seguirles seguro refugio para su desnudez. Algunas estepas, sin embargo, encierran un número no pequeño de productos alimenticios, pues la naturaleza, en sus esfuerzos por economizar alimentos y humedad que aseguren el desarrollo de gérmenes futuros, ha reunido en granos, tubérculos, bulbos, cucurbitáceas etc., todo cuanto puede necesitar el hombre, á quien estos territorios enseñan á economizar y á almacenar, proporcionándole para ello los frutos necesarios. Nuestras especies de cereales deben proceder, en su mayor parte, de esas regiones.

Siendo, como es, la agricultura, en sus grados inferiores, una imitación de la naturaleza, se explican naturalmente los primeros pasos en la tendencia á apoyar y tratar con consideración á una madre tan buena y generosa. El problema de los comienzos del cultivo consiste en que el hombre acaba por armarse de valor y hacer con sus propias fuerzas algo de lo que, por él hace la naturaleza: el problema tiene una solución más fácil y más inteligible allí donde el hombre procura, al propio tiempo, formarse una idea exacta de lo que son estos manantiales de su alimentación, como sucede en muchos pueblos de Australia, de quienes se cree que se encuentran en un grado muy bajo de cultura, y que sin embargo tienen severamente prohibido el arrancar árboles que produzcan frutos comestibles y el destruir nidos de pájaros, cuyos huevos podrán ser más tarde recogidos. También se deja á la naturaleza que trabaje simplemente por sí sola procurando únicamente no poner obstáculo á sus funciones. Las colmenas son á menudo vaciadas de una manera tan regular, sin quedar en modo alguno destruidas, que bien puede asegurarse que ello constituye una apicultura primitiva. Chapman vió en el territorio de Ngami una colmena á 40 pies de altura en un boabal, al cual se subía por medio de clavos formando peldaños, en sustitución de escala. Los clavos muy viejos que allí eran de ver, demostraban que hacía muchos años que se cultivaba aquella colmena silvestre. De la misma manera dejaba el hombre que otros animales produjeran cosas comestibles para luego arrebatarlas, y esto le llevó por otro camino, hasta los confines del cultivo de los cereales. Drege cita el *Arthratherum brevifolium*, hierba del país de los namáquas, como miés, cuyos frutos suelen los bosquimanos arrebatar á cierta clase de hormigas que hacen de ellos grandes provisiones.

La naturaleza crea con esto un apoyo para el hombre, enseñándole el ahorro, y por otro lado alimenta en él, de un modo análogo, el instinto de la vida sedentaria. Allí donde se encuentran grandes provisiones de frutos acuden, en la época de la cosecha, una porción de tribus que, pro-

cedentes de puntos muy distintos, cambian su existencia nómada por la sedentaria mientras duran los alimentos que aquellos terrenos les ofrecen. Aun hoy día los sandilleros de Méjico, los indios melones, acuden, durante la época en que esta fruta madura, á las bajas llanuras de Goatzocoalco, y viven por espacio de algunos meses comiendo la cucurbitácea que en tanta abundancia nace en aquellas arenosas playas. De la misma manera, reténense los chippeways en el tiempo en que sazona la *zizania*, arroz acuático, al rededor de los pantanos en que crece; y así mismo celebran los australianos una especie de fiesta de la cosecha cerca de sus marciliáceas que producen granos. De esta suerte, y por dos distintos lados abrióse brecha en la naturaleza del hijo del desierto, haciéndose éste previsor y sedentario. De esto al grandioso descubrimiento, que forma época, de arrojar semillas á la tierra para tener, en cierto modo, sujeta á la naturaleza y obligarla á dar mayores productos, puede haber mediado mucho tiempo, pero el progreso no nos parece extraordinario.

Los comienzos de la ganadería demuestran otra tendencia, dentro de la cual el hombre consiguió unir á su destino una parte considerable de la naturaleza. El hombre natural errante, que se aparta de los demás hombres, busca en la naturaleza aquello que más se le asemeja ó que menos puede hacerle sentir su debilidad y su pequeñez. El reino animal, aun separado del hombre por un profundo abismo como hoy lo vemos, cuenta entre sus especies más mansas y más dóciles aquellos productos de la naturaleza que el hombre encuentra más parecidos á él, de cuantos seres no humanos le rodean, y tiene especial gusto en juntarse con ellos. Cónocida es la gran predilección con que los pueblos naturales de la América del Sud, los dajakos, los negros del Nilo y otros, se rodean de animales de diversas especies que se entretienen en domesticar: Poppig los denomina maestros en el arte de domar, haciendo notar, al propio tiempo, que con preferencia se dedican á los monos, papagayos y otros que les sirven de compañeros en sus juegos, y de los cuales están llenas sus cabañas. Lo propio hemos oído decir de los nyam-nyam y de los mombuttús. Debemos hacer constar ante todo que el impulso que el hombre siente hacia la sociabilidad obró más poderosamente en él que la consideración utilitaria, que pudo aparecer más tarde, en su primer paso para hacerse con animales domésticos, pudiendo en general afirmarse que el hombre, en los inferiores grados de cultura, comienza siempre por hacer lo que le gusta y sólo atiende á la utilidad cuando la necesidad le obliga á ello. Por esto vemos, así en las culturas más atrasadas de la humanidad actual, como en los restos de civilizaciones de un período anterior á la introducción de los animales domésticos y de las plantas de cultivo, que el perro es el único compañero constante del hombre; cuando precisamente en estos estados de cultura la utilidad que el perro reporta es insignificante allí donde no se le utiliza, cual en el alto Norte, como animal de tiro. Es sumamente difícil deducir de los fines para qué sirven, en nuestra elevada civilización, los animales domésticos, aquellos otros fines para los cuales se les atrajo á sí el hombre primitivo. Cabe suponer que el caballo y el camello no fueron, en un principio, domesticados como medios de locomoción, sino para utilizar la leche de sus hembras, y que sólo mucho después la utilidad locomotiva se sobrepuso á todas las demás. También en otros grados más elevados de cultura, cierto cariño animal unió á los pastores con las reses de su rebaño, á las que querían casi más que á los individuos de su familia. De aquí que las gentes se dedicaran más apasionadamente á la ganadería que á la agricultura, que fuera